

Reflexión sobre posibles aportes de saberes del campo de la psicología a problemáticas del campo de la bibliotecología

El presente escrito es el producto de las reflexiones que han surgido a lo largo de cuatro años de trabajo en la cátedra “Relaciones Humanas” en el marco de la carrera de Bibliotecología de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Para organizar el trabajo me he planteado tres preguntas que actúan como ejes articuladores: (1) ¿Qué conocimientos tenía sobre la bibliotecología y qué descubrimientos fui realizando? (2) ¿Qué tensiones o puntos de conflicto pude percibir en el campo de la bibliotecología? (3) ¿Qué podía ofrecer desde mi trayectoria profesional-académica a los estudiantes de la carrera de bibliotecología?

1) ¿Qué conocimientos tenía sobre la bibliotecología y qué descubrimientos fui realizando?

En tanto que reflexión sobre una experiencia personal, en primer término y atento a la honestidad intelectual, debo confesar que cargaba con una mirada estereotipada de los “bibliotecarios”. De la misma manera que el común de la gente posee representaciones sociales que simplifican la complejidad de la realidad, consideraba a los bibliotecarios como personas de cierta cultura y gusto por la lectura, preservadores de los conocimientos e intermediarios entre las personas y los libros. Como dan cuenta algunos estudios sobre las representaciones sociales en algunos aspectos negativos de los bibliotecarios (Iturbe Fuentes, L. & Ramirez Leyva, E. 2014), compartía esa mirada tan difundida del bibliotecario como un simple “técnico”. Hasta llegué a preguntarme seriamente cuál era el sentido de la existencia en la currícula de formación de los profesionales de una materia con contenidos netamente psicológicos.

Las representaciones sociales constituyen modos que posibilitan un paulatino acercamiento a lo desconocido, regulan la angustia ante lo desconocido a través de la utilización de categorías de sentido común que familiarizan lo extraño. La experiencia me llevó a descubrir la antiquísima práctica profesional de la tarea del bibliotecario y la más reciente estructuración de un campo específico de conocimientos sobre la bibliotecología.

Fue descubrir una serie de dimensiones sobre la bibliotecología que, resumiendo las ideas de Castillo Guevara y Leal Labrada (2014) me permitieron comprender que:

(a) Cómo espacio de saberes sistemático, la bibliotecología dio sus primeros pasos bajo los condicionamientos del siglo XIX (revolución industrial) y bajo esa influencia los exponentes principales (Dewey, Scherettinger, Ranganathan, entre otros) formaron una armazón metodológica para el estudio de los aspectos principales de la misma.

(b) Desde su génesis y a lo largo del tiempo no ha escapado a los enfoques filosóficos y epistemológicos hegemónicos de cada período histórico, y dichos enfoques han marcado su estructura de conocimiento. Hasta mediados del siglo XX estuvo fuertemente influida por el enfoque positivista, empirista y racionalista propio del modelo hegemónico de las ciencias naturales.

(c) Desde mediados del siglo XX comienza a tomar mayor fuerza el postulado de que el fenómeno bibliotecológico debe abordarse a partir del modelo de las ciencias humanas; éstas se caracterizan por centrarse más en los procesos que ocurren en el mundo interior de los seres humanos (esfera cognoscitiva), contrariamente al modelo naturalista que se centra en los aspectos más externos al hombre. De hecho, la Escuela de Bibliotecología de la U.N.C surge hace aproximadamente medio siglo en el espacio académico de las Humanidades.

(d) La Bibliotecología ha desarrollado un corpus teórico delimitado y un desarrollo del conocimiento científico que se corresponde con los postulados epistemológicos de las ciencias sociales.

(e) La bibliotecología es una disciplina en formación que, cómo muchas de las ciencias humanas, está atravesada por cuestionamientos acerca del estatus de cientificidad de sus conocimientos.

A partir de esta realidad me he esforzado en determinar qué encuentros fecundos eran posibles entre el campo disciplinar de la psicología (espacio que ha constituido la principal formación en mi trayectoria académica) y el campo de la bibliotecología; y más específicamente, me he interrogado acerca de los conocimientos que, derivados de la disciplina psicológica (y más precisamente mi área de experticia: el desarrollo humano), pudiesen ser significativos en profesionales de la bibliotecología tanto para su formación teórica como práctica.

2) ¿Qué tensiones o puntos de conflicto puede percibir en el campo de la bibliotecología?

Considero que un importante punto de conflicto que atraviesa el campo de la bibliotecología (y también las preocupaciones de estudiantes y profesionales del campo) refiere a un interrogante central ligado a dilucidar si esta disciplina es una ciencia o simplemente un conjunto de técnicas. Y, en términos más precisos, si la bibliotecología posee una teoría que sustente sus prácticas, o si se trata de prácticas sin teoría. Algo que expresa de manera bastante clara Alfaro López (2005) cuando plantea:

“Así como hay campos de conocimiento que han alcanzado su completa autonomía y marcan las pautas de desarrollo del conocimiento gracias a su fundamentación teórica, existen por el contrario otros campos que han quedado varados en su fase de constitución, caracterizada ésta por la perseverancia de una actividad cognoscitiva primordialmente empírica e inmediatista que obstruye la gestación de su propia teoría, uno de ellos es precisamente el campo bibliotecológico. Campo que al no avocarse de manera determinante y en conjunto a la construcción de su propia teoría ha limitado su gran potencial que, como bien lo comprendió Jesse Shera, consiste en ser "una gran fuerza unificadora, no sólo en el mundo del saber sino en el de toda la vida humana"; pero además eso le ha impedido alcanzar su fase de autonomía y proyectarse en pie de igualdad con los campos de conocimiento más desarrollados”.

Si bien no dejan de ser una simple apreciación personal, a partir de charlas con profesionales y con alumnos de bibliotecología la percepción que fue ganando espacio en mí fue la de un área con “baja autoestima profesional”; y considero que tal percepción guarda relación con las dificultades ya expresadas de consolidación teórica del campo y también la falta de apropiación y comprensión de las profundas significaciones sociales del rol que los bibliotecólogos pueden asumir al interior de los colectivos humanos. Cómo lo expresa el mencionado Alfaro López (2005), una restricción o limitación interna del campo ha sido la por el considerada excesiva concentración de los esfuerzos en la comprensión de las bibliotecas y su gestión; centrarse en las bibliotecas ha constituido un obstáculo epistemológico a la hora de construcción de teoría bibliotecológica ya que ha primado una mirada más empírica y técnica que hace difícil la expansión más allá de los muros de la biblioteca concreta.

Una formación bibliotecológica centrada en los aspectos técnicos de la disciplina puede conducir a un activismo sin teoría. De hecho, una pregunta que comencé a realizarme es ¿por qué la formación de un bibliotecólogo debe encuadrarse en espacios humanistas y no en otros espacios técnicos tales como “escuelas de administración”?

Y si en mis primeros momentos me acercaba al campo de la bibliotecología con grandes desconocimientos, ahora estoy convencido de que la formación debe realizarse en el espacio de las ciencias sociales y humanas, y que la teoría bibliotecológica requiere un profundo debate de su concepción de la condición humana, y que los bibliotecólogos deben poder reflexionar sobre el profundo significado e impacto socio-político de sus prácticas profesionales.

3) ¿Qué podía ofrecer desde mi trayectoria profesional-académica a los estudiantes de la carrera de bibliotecología?

En este punto me interesa remarcar que todos somos poseedores de “teorías implícitas” sobre la condición humana. Las teorías implícitas constituyen un conjunto de supuestos que hemos adquirido de manera a-sistemática a lo largo de nuestra experiencia, difícilmente cuestionables en tanto que forman parte de nuestro “sentido común”, un orden y significación del mundo que no requiere de su puesta en crisis ni su discusión. Las teorías implícitas sostienen una realidad que se “naturaliza”. Brindan un orden y un significado pero al mismo tiempo nos ocultan y nos impiden ver otras realidades (Sternberg, R., 1990).

A modo de ejemplo, cuando me encontraba en los estudiantes con la utilización del término “usuario de la información” me preguntaba ¿qué concepción de la condición humana estará por detrás de este término empleado? ¿se posee una perspectiva teórica explícita respecto a los fenómenos de la condición humana y su desarrollo o sólo meramente una serie de teorías implícitas? Fernando Savater (1997), en un hermoso libro sobre la educación, plantea de una manera muy clara que no es lo mismo “procesar información que comprender significados. Ni mucho menos es igual que participar en la transformación de los significados o en la creación de otros nuevos”. Una afirmación como la de Savater es generadora de profundos debates filosóficos, epistemológicos y teóricos.

En esta dirección, las ciencias humanas tienen una larga tradición de construcción de “teorías explícitas”, un conjunto de supuestos sobre la condición humana que han sido atravesados por la crítica y discusión colectiva, por la rigurosidad de metodologías de investigación, un accionar humano que no permite afirmación de “verdad” pero al menos la probabilidad de arribar a afirmaciones “verosímiles”, dentro de una perspectiva popperiana de construcción del conocimiento científico. Considero que tanto un estudiante universitario como un egresado de una carrera enmarcada en las humanidades debe ser capaz de contar con marcos conceptuales que le permitan realizar una lectura compleja de la realidad, que puedan atender a la multidimensionalidad y multifactorialidad presente en todos los fenómenos humanos.

Que pueda, en última instancia, fundamentar sus prácticas profesionales en un corpus de conocimientos teóricos que oriente su accionar, corpus no sólo específico de su profesión sino amplio en términos del fenómeno humanístico (conocer los principales paradigmas epistemológicos, las principales discusiones teóricas de campos tales como la sociología, la antropología, la psicología, etc.). Un profesional que pueda reflexionar sobre sus propias experiencias profesionales y aportar a la empresa colectiva de construcción de conocimientos.

Desde ya que tan ambiciosos objetivos superan ampliamente las posibilidades de propuesta de una cátedra, no obstante creo que deben ser objetivos a lograr en la formación del bibliotecólogo; en este punto comparto las preocupaciones de Jaime Ríos Ortega (2008) que evidencia una paulatina eliminación de contenidos de las ciencias humanas en los planes de formación de los bibliotecólogos (estudio del caso en México).

Al momento de comenzar a trabajar en la cátedra me encontré con un programa que respondía al esquema clásico de una “psicología general y evolutiva”. Transformar y definir un programa implica siempre realizar un recorte y tomar una decisión que es conceptual y que aspira a lograr objetivos.

Los objetivos formulados fueron que los alumnos pudieran construir un marco de valoración, comprensión y conocimiento de las principales características psicosociales de la especie humana (filogénesis), una comprensión de los procesos de desarrollo de los seres humanos (ontogénesis) y que a su vez esto promoviera una reflexión sobre el rol profesional de mediador entre productos culturales y sujetos en desarrollo.

Tras la gran diversidad de teorías psicológicas sobre el ser humano y su desarrollo, subyacen tres grandes paradigmas; la decisión conceptual fue la de presentar tanto los paradigmas “mecanicista” y “organicista”, pero poner énfasis en la comprensión de los seres humanos y su desarrollo desde una perspectiva “contextual-dialéctica” (Villar, F. 2003). Esta decisión teórica va en sintonía con lo enunciado en el primer eje: el descubrimiento de que la bibliotecología aspira a trascender la impronta sellada en ella del enfoque positivista, empirista y racionalista propio del modelo hegemónico de las ciencias naturales del siglo XIX y parte del siglo XX.

El mecanicismo es un paradigma que concibe al sujeto como reducible a una serie de componentes más simples, componentes que se acumulan o actúan de manera simultánea o sucesiva para generar el comportamiento de los seres humano que, en cierta medida, son entendidos como máquinas complejas; este paradigma es derivado de una perspectiva de las ciencias naturales, es reduccionista (conductismo, teorías de procesamiento de información, conexionismo, etc.).

El organicismo concibe al sujeto como sistema organizado, como un todo formado por partes que sólo tienen sentido en sus relaciones sistémicas. La metáfora es no ya la máquina sino el organismo vivo, el sistema que presenta una organización vital (teoría de Piaget, teorías psicodinámicas, etc.). Si bien ambos paradigmas incluyen teorizaciones que nos brindan importantes comprensiones de aspectos humanos, en ambos se deja un tanto de lado la dimensión temporal-histórica.

En el contextualismo-dialéctico la metáfora básica es el acontecimiento histórico, acontecimiento que se define por la contradicción y el conflicto. El comportamiento humano está constantemente influido por el contexto con el que establece una relación dinámica y en esa relación también se produce una construcción y lucha de sentidos. El cambio se explica por procesos dialécticos (tesis-antítesis y síntesis); enfatiza la plasticidad del cambio, la multidireccionalidad y excluye toda noción de causas finales, de teleologías (teorías ecológicas, propuestas socioculturales de Vigotski, psicología cultural de Bruner, psicología lifespan de Baltes, etc.).

Considero que un programa de formación de los estudiantes en paradigmas contextual- dialécticos puede constituir un aporte para el bibliotecólogo en tanto profesional del campo de las ciencias sociales. Retomando el ejemplo ya antes mencionado: ¿en que medida tras el término “usuario de información” puede estar descansando, aunque parezca una palabra inocente, una mirada “mecanicista” del fenómeno humano? ¿Qué diferencias o que fundamentos podrían estar en la elección del término “lector”? Nuevamente, términos que puedan parecer inocentes pero que quizás esconden pertenencias paradigmáticas muy distintas y promotoras de conflictos teóricos al interior de un campo.

Para concluir esta reflexión, retomando la tercera pregunta de este escrito, lo que se puede ofrecer desde el campo de la psicología es un conjunto de considerandos que posibiliten un diálogo fructífero al interior de la bibliotecología y una discusión y asunción explícita de un paradigma del ser humano y su desarrollo.

Lic. Gastón Moisset de Espanés

Prof. Adjunto Cátedra Relaciones Humanas

Escuela de Bibliotecología

Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba